

LA LUZ DEL PORVENIR

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO:—Supimos mirar.—Luarca..—Se fueron..—Canto á la muerte.

SUPIMOS MIRAR

Desde que leímos la magnífica carta de adhesión que publicó Rosario de Acuña en *Las Dominicales*, comprendimos que estaba de enborabuena el libre pensamiento en España, desde el instante que la insigne escritora se declaró apóstol del racionalismo.

Mas de una vez LA LUZ DEL PORVENIR ha engalanado sus humildes páginas con valiosas producciones de una de las mujeres más notables de nuestro siglo; y hoy copiamos de «Las Dominicales» el artículo que como recuerdo de viaje publicó Rosario de Acuña en dicho periódico el 17 de Septiembre último.

Recomendamos á nuestras lectoras que lo estudien detenidamente porque es una profesión de fe admirable sobre toda ponderación. Con unas cuantas mujeres como Rosario de Acuña, adelantaría el progreso cien siglos por segundo.

!LUARCA!...

El gigante del cielo, Orión, acababa de levantar su brazo por encima del horizonte oriental, resplandeciendo sobre el oscuro azul de la atmósfera con su banda de soles y su corazón de nebulosas, que surgían como precursores de la alborada en los últimos días de Agosto: el fuego purísimo de sus magníficos sistemas dobles hacía palidecer las constelaciones cenitales, envueltas en las tenues brumas que se levantaban del mar y el silencio lleno de armonías de la sublime noche, fluctuaba sobre la tierra llenando de promesas de vida las vegas y los montes, en tanto que la brisa, refrescada por las caricias del Océano, balanceaba las yerbas de los prados á cuyo roce parecía que chispeaban destellos luminosos, como si toda la naturaleza al dormir el sueño del amor mandase con sus vibraciones la salutación de la felicidad al Creador Eterno. El mar se arrullaba con susurro de lago, al levantar perezosas olas sobre los escollos de la abrupta costa, y allá, á lo lejos, el golpe de remo de alguna lancha pescadora, interrumpía su augusta calma haciendo repercutir en las playas el cadencioso ruido. El labriego dormía, y en torno á su vivienda no se escuchaba sino el masculleo de la rumiante res que, soñolienta en su caliente establo, cabeceaba su ración de la noche, ó el repeluzno del cuidadoso gallo que se desperezaba, alisando sus plumas para entonar el primer himno á la vuelta del día... y sobre todos estos vagos rumores surgía la idea del reposo, del olvido, de la paz, ¡caso de la muerte! no áspera y som-

bría como nos la brindan las caducas é idolátricas supersticiones del sensual catolicismo, sino apacible y venturosa con sus horizontes de inmortalidad como la esperan las almas que aman sin buscar nunca la recompensa...

Entonces te dejé, Luarca, y acaso para no volver en mi vida á tus playas; entonces, cuando todo era calma y tranquilidad, emprendí mi marcha, contrastando con la infinita ternura que derramaba la naturaleza dormida, y la suave paz que inundaba mi corazón, lo cauteloso de mi paso, y el alma mortífera que mi mano, húmeda por el rocío de la noche, esa cotidiana bendición de Dios, empuñaba, en la eventualidad de tener que defender mi vida.

Tú dormías, recostada en tus laderas de verdes prados bañada por las cristalinas corrientes del río, llevando las nacaradas arenas de tus extensas playas al regazo del mar, escondiendo en tus grutas los ecos de tus leyendas y las brisas de tus montañas: bajo los techos de tus viviendas se quedaban algunas almas buenas á quienes tuve la dicha de llamar amigas, pero ¡ay! que también en tu seno anidan vívoras que acaso no durmieran, á saber que en aquellas horas yo huía de tí... Sí, Luarca, huí de tí, ¡te tuve miedo! ¡guardas aún la levadura del salvajismo, fermento de crímenes y génesis de villanías! Ostentas en tu regazo una mancha impura que oscurece tus bellezas y entolda tus esplendores; no has sabido aún emanciparte de lo que ultraja más la dignidad humana, de la *hipocrestia*; es en vano que ostentes en los pórticos de tus fachadas el escudo heráldico, girón de noblezas problemáticas y de genealogías de hidalgüelos de aldea, dentro de esas viviendas vela la cobardía, el disimulo, la envidia, la calumnia, ¡las alimañas que se engendran al calor de la hipocresía y del egoísmo! es en vano que te barnices con los desechos que te envía la civilización, desde sus centros esplendorosos; mientras no arranques de tus entrañas la pasión á la traición y á la falsedad, pasarán sobre tí las corrientes del progreso, sin filtrar una sola gota de sus grandezas al interior de tus hogares; y para recibir estos dones que con tanto empeño intentan entregarte tus hijos legítimos, los escogidos, los pocos, los que se cuentan con una sola ojeada, los menos, es menester que tu pueblo, tu muchedumbre, se vaya elevando desde las lobregueces impías en que los fanáticos del más horrendo de los paganismos, del paganismo católico, la tienen sumida, hasta las elevaciones de una cultura sencilla y piadosa, fe de las almas pobres de espíritu, con la cual sería posible la realización de los ideales del evangelio; piedad y sencillez ajenas completamente al corazón de las plebes cuando las manejan unos cuantos seres viciosos y degenerados, desde los rincones, llenos con minuciosas insulseces de las sacristías de aldea... Entonces, cuando hayas roto ese yugo que te sujeta á un pasado nefando, donde la tiara y el veneno caminaban sobre el poder echando bendiciones y asesinando á indefensos: entonces cuando te redimas de esa esclavitud horrenda en la cual tienes que sujetar tu pensamiento á exterioridades risibles, y á intenciones miserables; entonces no huirán de tí los que buscan la verdad. Al dejarte para siempre me paré sobre el pretil de tu calzada y reflexioné mucho, evocando en mi memoria el recuerdo de los seres amados y de los seres compadecidos, ¡cuán pocos entre los primeros! ¡entre los segundos cuántos!...

Yo os saludo, amigos luarqueses, los que tanto honor me hicisteis al abrirme las puertas de vuestros hogares con esa noble sinceridad de las razas del Norte: vosotros seréis los justos que en la hora de la reivindicación, cuando el derecho de las almas tome justicia de sus fueros violados por los impíos profanadores de Dios, que hacen bandera de su nombre para cobijar sus iniquidades, vosotros levantaréis sobre las ruinas de lo destrozado el templo de la civilización; yo os saludo con el afecto fraternal que supísteis inspirarme: nada de sabidurías ni de fiebres de descubrimiento hallará entre vosotros el pensador, ni el sabio, pero ¡ay! que descubrirá mejor tesoro que estos

caudentes metales que sostienen en fusión las fuerzas psíquicas del hombre, acaso hundido por exceso de inspiraciones en la sima profunda del estéril orgullo: vosotros haréis reposar su alma en todas las dulzuras de la paz; el cielo de vuestros pensamientos es diáfano y claro, sin misterios que descubrir, ni esfínges que interrogar; á poco que se os mire se os descubre con toda exactitud, y la lealtad de vuestras almas, sin más doblez que la infantil de la naturaleza, ofrece un oasis de reposo y calma á los que venimos luchando por la unificación de la vida y la soberanía de la conciencia: habéisme dado días de sosiego inolvidables, y vuestro recuerdo, unido á las horas de mi existir, con reminiscencias de felicidad, será como una piedra miliar donde la cansada existencia tome aliento para proseguir su caminata .. Vosotros los que tan bien hicísteis conmigo los honores á vuestra tierra, quedad en paz; mi corazón está al lado de todos; parece que desde la altura en que contemplo vuestras viviendas descubro vuestros pensamientos, como si en ello todo fuese diáfano, cual la casa del árabe moralista, que aconseja que sean de cristal las moradas del hombre... para mí lo son las que habitáis: en este supremo instante de despedida vuestras conciencias llegan hasta mí... ¡todos vuestros pensamientos son míos!...

Yo vine á vuestro pueblo con el reflejo inextinguible de una pálida gloria, que le plugo á la naturaleza hacer que mi frente la ciñeran mis contemporáneos de laurel, cuando apenas cuatro lustros habían intentado ceñirla de ilusiones... yo, para vosotros, era lo nuevo, lo desconocido; lo que llegaba misterioso é ignorado; lo que provoca la curiosidad, el deseo de saber, de investigar... ¡oh, esfinge humana, qué bien representais la ley del progreso, del más allá eterno, de lo mejor inmortal...! El movimiento de curiosidad de vuestras almas fué humano y justo; necesitábais conocerme y os presentásteis á mí, cuando la casualidad imprevista os avisó mi llegada... Después de lo instintivo, lo racional, que es dentro de la naturaleza lo divino; después de satisfacer vuestra curiosidad, me estimásteis; mi palabra no hería ninguna de vuestras delicadezas, ni mi alma rechazaba ninguno de vuestros afectos, y la amistad brotó de la estimación; hoy sé que guardáis hacia mí un profundo respeto... Pensáis en mí, lo sé; habéis leído en mi alma cuanto era preciso para que me guardárais un cariñoso recuerdo... ¡Si viérais, amigos míos, cuán difícil es hacerse perdonar el no tener odio á nadie...! ¡Si viérais cuán difícil es conservar el corazón de niño, la inteligencia de racional, el organismo de joven...! Hé aquí la meta del progreso humano; el faro luminoso que domina con sus esplendores todas las luchas de la tierra; *sér* sin noche, sin invierno, sin dolor...! ¡lo sublime, lo alto, que es divino...! ¡el no sufrir! el no odiar! ¡la vida *por y para* el amor!

En el comercio de las almas, en ese cambio de inspiraciones que debe tener sus analogías en los inexplorados laberintos de la física del espíritu, vosotros y yo, trocamos muchas ideas; en vuestras almas quedó algo de mi fe; en la mía quedó algo de la vuestra.

Mañana cuando el alegre fuego del día luzca en vuestro valle sé que responderéis á mi saludo; sé que me seguirá vuestro pensamiento... ¡Sed felices! ¡no aborrecer! la lucha por la existencia ha salvado ya los límites de la ferocidad; detrás de nosotros quedó el gorila; hemos triunfado de la impetuosidad, de la fuerza; la ley de selección se realiza por y para el bien de cada uno de los seres, y la lucha de la última especie no puede revestir ninguno de los caracteres de la anterior: ya no puede lucharse por la vida, sino por la inmortalidad... Uniros contra el odio, y oponed la frialdad de razón á sus encendidas pasiones: uniros contra el odio de los que aún nos obligan á defendernos; es el postrer combate que libra la inteligencia contra la brutalidad: vencida esa raza de felinos que aulla bajo el signo de la cruz, esgrimiendo los garfios del infierno, los tizones del purgatorio, y las maldiciones de Dios, la afirmación de nuestra

raza humana será un hecho sobre el planeta, y se podrá volver la mirada á los mundos sidéreos, donde la pluralidad de las almas abren horizontes infinitos á la actividad de la vida... Ellos son la última serie de animales que hay que someter para ceñir sobre la frente del hombre la corona racional. Mezclados entre nosotros duermen á vuestro lado: como en vuestro pensamiento estoy en el suyo, pero todas sus fibras organizadas por el plan fisiológico que conforma á la fiera..., retiemblan de coraje al comprender que no pueden turbar la paz de mi alma. ¡Infelices! y pensarán acaso que haciéndome reconcentrar facultades en la previsión de un ataque de sus fanatizados me proporcionaban siquiera desagradable sorpresa! ¡Sorprenderme yo de que ellos sean villanos y asesinos! hace mucho tiempo que los conozco y los estudio; ¿para qué otra cosa que hacérselos conocer á la mayoría de los españoles puse mi inteligencia servida por mi pluma á servicio de «Las Dominicales del libre Pensamiento»? Los traidores avisos de sus curiosísimos y risibles anónimos (que por casualidad llegaron á mis manos en Luarca, pues los que van á mi casa ya saben los lectores, á quien se lo dije hace tres años, á donde paran sin que yo los lea) muestra brillante de su literatura mongil, frailuna, ó señorial de blason apolillado por los vapores del establo, son siempre esperados por mí como son esperadas sus felonías y sus crímenes: hace ya mucho tiempo que en uno de mis libros dije que los intermediarios entre el mono y el hombre existían, antropológicamente hablando, y que se podían encontrar en ciertas clases especiales de la sociedad, ejemplares bien definidos de estos seres de la zona media entre la animalidad y la inteligencia. ¡Dormid también en paz, pobres criaturas á quienes la imperfección de vuestro organismo hizo suponer que podíais llegar hasta mí...! hay que huir de vosotros como se huye del sapo, ó del gusano por no tener que pisarlo, acción que tiene tanto de repugnante por la clase de bicho que estruja como por el hecho de matar: sois unos desgraciados; no lleváis en vuestra alma nada que esté libre de la tristeza del bien ajeno, ¡cuánta ira rebotará en vuestro corazón al contemplar los espíritus serenos que sin parar la atención en los abrojos de la vida, fijan su límpida mirada en las alturas de la eternidad! ¡qué de congojas sufrirá el pequeño recinto donde se agita, imperfectamente movido por ideas defectuosas nuestro rudo cerebro, al encontraros con seres que se mueven y viven, accionan y subsisten emancipados de toda clase de tiranías! ¡qué noche más oscura se tornará vuestra noche habitual cuando reflexionéis en el clarísimo día de una conciencia libre...! Os compadezco, y espero que vuestros hijos y vuestros nietos, sufriendo influencia del medio ambiente en que se desarrollan las generaciones actuales, irán avanzando en la senda de su perfectibilidad, y ofrecerán á sus descendientes algunos caracteres más definidos de racionalismo, con los cuales prueben que por la ley de selección están ya más próximos que vosotros á lo humano.

Adios, Luarca; el légamo cenagoso que ocultas bajo tus brillantes exterioridades se alborotó á mi arribo... ¡qué mejor prueba de que nuestros ideales nos hacen gigantes!...

Atendedme, amigos míos, vosotros los que temísteis, tal vez por conocerme poco, que el encuentro de algunos reptiles detuviera mi marcha: como el ave de vuestros mares que se cierne sobre el desierto escollo, solitaria, porque el huracán destrozó su nido, así camina mi alma sobre los escollos de la existencia, llena de recuerdos y vacía de esperanzas; las olas embrevicidas del mar de las pasiones no pueden llegar ni aún á salpicar con sus espumas mi cansada planta, que habiéndose hundido todos los bienes de mi vida en el abismo sin fondo de la desesperación, mi paso, aligerado por la falta de cargamento, me hizo subir á una altura donde nunca llegan las turbulencias de este Océano: como la cariátide impasible que ostentan las momias egipcias, así mi voluntad incommovible en su quietud de muerte, defiende de las inclemencias

sociales los secos restos de mi corazón: á medida que pasan los días siento con más vehemencia la necesidad de subir, y aunque allá arriba no espero otra cosa que la paz de un descanso eterno, todas mis energías parece que tienden á la ascensión, en mi ruta he dejado atrás, primero á los ambiciosos, después á los ilusos, más tarde á los vanos; mi afán es encontrarme con los convencidos... y subo, ¡subo sin cesar!... Decidme; quien de tal modo siente la orfandad de venturas; quien de tal modo sustenta el afán de conocimientos, ¿es posible que retroceda?...

Todo lo tengo ofrecido yá; honra, estimaciones, riquezas, alegrías; ¡hasta la gloria! hasta el ansia de no morir nunca, que era el acicate de mis concepciones infantiles; ¡hasta la gloria, no la falsa de la adulación, sino la legítima de los siglos! ¡Hasta esa está renunciada en el fondo de mi conciencia! solo espero *luchar, morir, no vencer*: pues bien; mientras una sola fibra de mi cerebro mande sus actividades á mis músculos; mientras una sola vibración de mi sensibilidad recoja ideales en mi cerebro toda mi vida, y después de ella todo cuanto puede en mí tener algún valer, se inmolará, sin vacilaciones, á cambio de que mi patria, mi raza y mi sexo, se levanten con generosas iniciativas al grito omnipotente de ¡Libertad! ¡Bien haya la hora en que todo lo doy por perdido si alguna vez, ¿qué importa cuando la conciencia humana mirando, frente á frente á la naturaleza, hiciese de la tierra morada de hombres, en donde las leyes de sociedades derivadas de la ley universal, marchasen acordes con ella, desenvolviendo el horizonte de la sabiduría, no erizado de abrojos y penalidades, como nos la ofrecen en la actualidad, sino como fácil y anchísima calzada donde la especie racional conquistase la existencia sin dolor y la transformación sin dudas...? la suma de mis fuerzas, y la de las fuerzas de miles de seres que como yo se ofrecieran á este fin ¿serían acaso dignas de tomarse en cuenta para la sublimidad del resultado? ¡A mengua tuviera hablar de mí, en semejante caso, sino fuera porque vosotros los que decís que peléais á mi lado; habéis temido que retrocediese!... ¡Retroceder!... ¿Qué significa esta palabra? ¿No es algo como muerte? ¿Cómo aman los hombres sus ideales? ¿No es más allá de su vida? ¿No es así?... Pues entonces ni tienen ideales, ni los aman, ¿qué es eso que se llama sacrificio, si no se realiza? ¿Qué es eso que se llama perseverancia, si no lleva al sacrificio? ¿Hasta cuándo las frases significarán lo contrario de lo que expresen?...

El que no se sienta con fuerzas bastantes, ¿por qué acude á la lucha? ¿quién lo llama? ¿ó es que se cree, en estos tiempos de bajezas ruines, que han traído sobre nuestra patria las educaciones católicas y teocráticas, que la gran causa de la libertad, la gran causa humana, el gran trabajo de nuestra década de siglos que, saliendo de las civilizaciones latinas va á entrar en la civilización planetaria, puede servir de encasillado tablero, sobre el cual las jugadas de algunos ambiciosos ganen con el impudor la fortuna, y con las fullerías el honor? ¿Se ha pensado tomar por senda conductora hacia el medro personal este escabrosísimo camino de la emancipación de los pueblos? ¿Será posible que las redenciones no puedan realizarse nunca sin Judas?... ¡Solo así se comprende que haya corazones que tiemblen é inteligencias que vacilen!

En cuanto á mí, no temáis; cambiaré; sí, ¡quién no cambia! ¡el porvenir es la sola riqueza que le está vedado poseer al hombre! pero cambiaré, ¡avanzando! ¡retrocediendo nunca! á pesar de haber pasado por el límite que las amarguras y los años establecen en las pirámides de la vida, jamás retrocedí: el que llegado á cierta altura empieza á descender, es que empieza á morir; la vida le deja; ella sigue siempre en inabarcable subida; para seguirla es menester no detenerse jamás ¡ni aun volver hacia la tierra la postrimera mirada! *Vivir hasta morir*, hé aquí la ley física con la cual ha de triunfar la humanidad del dolor. ¡Luchemos por la soberanía de esta ley de la vida racional! ¡Que ella sea con vosotros y conmigo!—¡Adios, Luarca!

29 de Agosto.

ROSARIO DE ACUÑA.

SE FUERON....!

I.

Hará poco más de un año, entré una mañana en un aposento sencillamente amueblado, donde había una cuna con dos niños gemelos recién nacidos. Eran los primeros que yo veía de tan corta edad y los contemplaba con tristeza y con alegría á la vez. Con tristeza, porque siempre que llega un viajero del infinito á la tierra, me causa lástima, ¿y cómo no? si es un condenado á trabajos forzados, un esclavo de sus propias pasiones, un mendigo aunque tenga un palacio; que rara vez el hombre llega á satisfacer la sed del cuerpo y la del alma, y suele muchas veces suceder el llevar cubierto el organismo con riquísimo manto de púrpura, en tanto que el espíritu tiritaba dominado por el intenso frío de la soledad íntima, frío para el cual no hay termómetro en la tierra: y si, por el contrario, el hombre halla en su hogar el calor de la vida, tiene en cambio á menudo que mendigar de puerta en puerta para alimentar á sus hijos. ¿Quién no compadece á los penados?

Mas, á la vez que tristeza, experimenté, contemplando á los gemelos, alternativas de alegría, porque dos espíritus que se deciden á encarnar juntos, á dormir á la vez en el mismo claustro materno, deben amarse mucho, y la idea del amor siempre me hace sonreír; es la nota más dulce de la escala universal.

No me cansaba de mirarlos y de preguntarles con mi pensamiento: ¿de dónde venís? ¿qué propósito traéis? ¿queréis ser los libertadores de nuestra patria blandiendo la espada y conquistando por ella derechos y libertades?

¿Pensáis ser severos magistrados que representen á Dios en la tierra, manejando con equidad la balanza de la Justicia?

¿Os proponéis ser grandes y verídicos historiadores que leguen á las generaciones futuras la historia de todos los siglos que se hundieron en el insondable abismo del pasado?

Queréis ser sucesores de Cristóbal Colón descubriendo nuevos mundos?

¿Escalaréis los cielos como Copérnico y Galileo?

¿Resucitaréis el cadáver del fanatismo religioso asemejándoos á Santo Domingo de Guzmán, á Torquemada, á Ignacio de Loyola?

¿Seréis, por el contrario, reformadores, y moriréis como Juan Hus y Giordano Bruno? ¿A qué habéis venido?

Pero por más que reiteraba mis preguntas, los pequeñuelos nada respondían, y hube de contentarme con besar su frente y esperar á que abrieran los ojos. Al fin los abrieron, pero los dos estaban soñolientos, y nada me dijeron sus miradas.

Durante un año se fueron desarrollando perfectamente, y varias veces contemplándolos les reiteré mis preguntas, que, como es lógico, no obtuvieron contestación: me miraban sin sonreír y sin llorar.

Mis múltiples ocupaciones literarias me impedían ver con frecuencia á los gemelos, sorprendiéndome un día tristemente la noticia de la muerte de uno de ellos y la gravísima enfermedad del otro. Corrí á su casa; nunca he visto ángel más sonriente en los altares de la iglesia que aquel niño muerto; su rostro, pálido como el marfil, estaba animado por una especie de sonrisa indefinible. Nada más dulce que su semblante, nada más expresivo que su rostro; su boquita estaba cerrada, sus ojos también, pero los justos que habitan en el bíblico paraíso no tendrán una satisfacción más inmensa que la que disfrutaba aquel espíritu libre, fuera de su prisión y separado de su pequeña envoltura, sobre la cual reflejaban indudablemente los luminosos resplandores que envolvían á una alma cuya breve permanencia en la tierra no le había hecho contraer nuevas responsabilidades.

II.

Dos ó tres días después murió el otro niño, atacado de la misma dolencia que el primero. En su enfermedad, cuando su madre lo llamaba, levantaba su diestra, y extendiendo el índice señalaba al cielo como si quisiera decir: ¡Allí me espera mi hermano!

También fuí á contemplar su cadáver, en cuyo semblante parecían reflejarse las amarguras de todos los mártires: jamás he visto una bocan dolorosamente contraída. Dijérase que de sus ojos, medio cerrados, iban á brotar raudales de lágrimas, y en su espaciosa frente algunas arrugas imperceptibles habían trazado el geroglífico del dolor.

¡Qué diferencia del uno al otro! El primero risueño y sonriente; el segundo afligido y dominado por el sufrimiento más acerbo.

Los dos tenían la misma edad; los dos habían sido objeto de los amorosos cuidados de su madre y de la tierna previsión de su padre; nunca se nombraba al uno con preferencia al otro; los desvelos de los autores de sus días se dirigían á asegurar el porvenir de ambos, y los dos sucumbieron víctimas de la misma enfermedad. ¿Por qué el uno sonreía en su lecho mortuario y el otro lloraba con la mayor amargura?

¿Por qué si los dos vinieron juntos, se fueron con tan distinta impresión?

Hé aquí lo que yo preguntaba á los gemelos cubiertos con un velo blanco y rodeados de blandones.

Nada me dijeron al nacer, al llegar á la tierra, y nada me dijeron cuando abandonaron su frágil y quebradiza envoltura; pero yo leí toda una historia en la dulcísima sonrisa del uno y en la expresión dolorosísima del otro.

Los dos tenían un ayer, el uno de flores, el otro de espinas; el uno despertó en el espacio y encontró indudablemente brazos amantes que le recibieron amorosísimamente, el otro... ¡ah! el otro, se encontraría completamente solo ó tal vez rodeado de sombras amenazadoras. Se necesita temblar de espanto para dejar el cuerpo en la postrera sacudida contraído por el dolor.

¿Por qué vinieron juntos? ¿qué pacto hicieron un alma sencilla y risueña y un espíritu combatido por la contrariedad? ¿se amaban? ¿los unió la ley del progreso para que el más desdichado comenzara á sentir el suave calor de la vida? ¡Quién sabe! Lo cierto es que se fueron cuando apenas comenzaban á balbucear esas dos frases divinas que por regla general son las primeras y las últimas que se pronuncian en la tierra. El niño entra en la vida de relación llamando á su madre y á su padre: el hombre sucumbiendo en los campos de batalla también suele invocar aquellos nombres al llevarse las manos al corazón, donde quizá encuentra el escapulario bendito que su madre, en su sencilla y piadosa ignorancia, le puso al partir.

Profunda impresión ha dejado en mi ánimo la partida de los niños gemelos: pensando en ellos, murmuro con melancolía: Se fueron, se fueron antes de escribir una página en el libro de su historia. Su breve existencia, ¿fué el saldo de una pequeña cuenta que aún tenían pendiente? Para el uno, tal vez; para el otro, no, porque se fué de este mundo, triste y abatido.

Para los fanáticos, los niños que se mueren aumentan las legiones de los ángeles; mas el que sabe leer en la frente de los niños que se van, comprende perfectamente que unos irán á gozar delicias inefables, mientras otros regresan al mundo de los espíritus para emprender de nuevo una lucha titánica y desesperada.

Mucho he leído en este mundo; pero ningún libro he hallado tan interesante y tan instructivo como el rostro de aquellos dos niños gemelos que, antes de dar sus primeros pasos en la tierra,..... ¡se fueron!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

CANTO Á LA MUERTE

Canten otros las glorias de la vida,
De una vida ilusoria y material,
Que yo canto las glorias de la muerte
Que hace al alma las sombras despejar
La muerte de la mísera envoltura,
La verdadera vida espiritual;
Ella sola quebranta las cadenas
Que llenan la existencia de pesar.

¡Oh! la muerte es principio de una vida
Que eleva á lo sublime é inmortal;
La vida acibarada por dolores
No es vida, es un constante batallar.

Es la expiación terrible de un pasado
De extravíos, de errores, de maldad,
Que en la série de varias existencias
Todos, todos, venimos á lavar.

Venimos á avanzar en el progreso
De las ciencias, las artes, la moral;
Venimos á adquirir preciosos dones
Si sabemos los vicios conjurar.

Dios derrama su luz por todas partes,
Nos hace comprender el bien y el mal;
El indica el camino verdadero
Porque debe marchar la humanidad.

Si no aceptamos las pesadas cruces
Que presenta este valle terrenal,
Si incurrimos en nuevos extravíos,
Veremos nuestras penas redoblar.

También suelen venir á este planeta
Vestidos de envoltura material,
Espíritus que están purificados
Con misiones sublimes que llenar.

Ellos son redentores de los pueblos
Que enseñan la virtud y la moral,
Y sufren los tormentos de este mundo
Por cumplir la divina voluntad.

Dichoso aquel que al remontar su vuelo
No tiene que volver más á encarnar;
Dichoso si al ver rotas sus cadenas
Va á gozar de la vida sideral.

Dichoso si repara sus agravios
Y no tiene más deudas que pagar:
Dichoso si en su tránsito en la tierra
Solo deja recuerdos de bondad.

Dichosos los que siembran en las almas
Virtudes de influencia celestial;
Dichosos los que dan á sus hermanos
Solo ejemplos de amor y caridad.

Yo deliro, Dios mío, con la muerte,
Con un dulce y risueño despertar;
Aquí estoy depurando mi pasado
Con pruebas de una vida temporal.

Con la luz del sublime Espiritismo
Se disipa la densa oscuridad,
El culpable asimismo se redime,
Haciendo el bien, y conjurando el mal.

Para llegar al fin de mi calvario
Dame fuerzas, valor, conformidad,
Que yo espero ¡gran Dios! de tu clemencia
El perdón de mis yerros alcanzar.

UNA ESPIRITISTA.